

Un suplicio horrible. Comido vivo por las hormigas rojas

UN SUPPLICIO HORRIBLE

COMIDO VIVO POR LAS HORMIGAS ROJAS

Los indios mayos viven en el Estado de Sinaloa, en Méjico, y son en cierto modo independentes. Observan leyes rígidas y salvajes.

Tres mineros norteamericanos llegaron al país de los mayos, y con el fin de explotar una mina de plata que existe en el interior de este país, trataron y consiguieron captarse la amistad de los indios. El jefe de estos mineros, James Wilson, era un aventurero que había recorrido muchos países y tenido en ellos infinidad de lances amorosos.

Por su desgracia enamoró a la muchacha más linda de los mayos. Karamaya, que así se llamaba la india, correspondió al amor del minero. Una tarde abandonaron el campamento, alejándose de él dos millas. Cuando regresó la india la estaban esperando sus padres y el resto de la tribu. La preguntaron y amenazaron, y Karamaya confesó que Wilson la había martirizado. El jefe de la tribu envió indios armados para que apresaran a Wilson y a sus dos compañeros, únicos blancos que había en varias leguas a

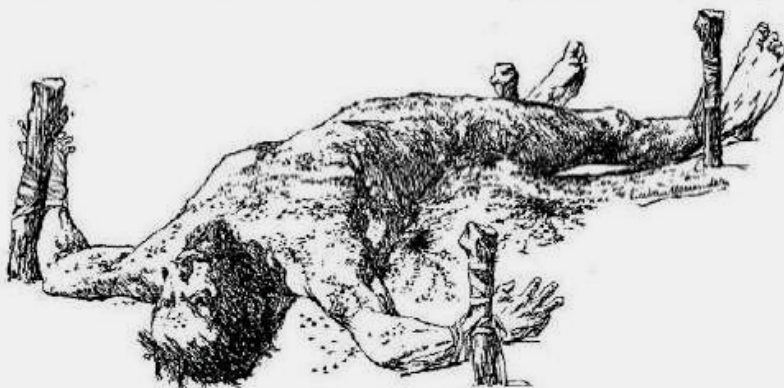
la redonda. Para juzgarlos se reunió un tribunal formado por todos los guerreros de la tribu, y presidido por el jefe de ella. Los mayos creen que todas las desgracias de los indios son debidas a la intervención de los blancos, y sus leyes prohíben relaciones con ellos y aconsejan exterminarlos. Después de oír las acusaciones de Karamaya y de sus padres contra Wilson, fué condenado éste al mayor castigo que imponen las leyes de la tribu: a ser comido vivo por las hormigas rojas.

Al pronunciar esta sentencia, los indios lanzaron durante cinco minutos su terrible grito de guerra. En vano suplicó Wilson que se casaría con la joven y sería esclavo de la tribu. Por un refinamiento de crueldad se le tuvo atado a un poste y vigilado toda la noche para que fueran mayores sus torturas pensando en el suplicio que le esperaba.

A la mañana siguiente, seguido de toda la tribu, fué trasladado a dos millas del campamento y sujeto en tierra boca arriba, atado a cuatro postes cerca de un hormiguero. Los indios se situaron a corta distancia de Wilson para presenciar el suplicio.

Las hormigas rojas son animales carnívoros, tigres en pequeño. Nada escapa a su voracidad y a sus mandíbulas de acero. La muerte por estos animales es más espantosa que por la rueda, por el aceite hirviendo, por todos los tormentos de la Edad Media. No sólo arrancan la carne a pedazos, sino que inoculan en la herida ácido fórmico, que es corrosivo. Calcúlense los horribos tormentos que esperaban al desgraciado Wilson, al que sus dos compañeros no podían auxiliar.

Pocos momentos después de quedar sujeto el minero en tierra, se vió avanzar hacia él un verdadero ejército de hormigas rojas que principiaron a devorarlo, extendiéndose por todo su cuerpo. Wilson lanzaba gritos horribos al sentirse mordido por centenares de miles de hormigas. Estas arrancan cada vez una partícula



pequeña de carne, de modo que el suplicio es indescriptible. El desgraciado que devoran tales insectos concluye por volverse loco antes de morir.

Wilson quedó convertido poco a poco en una masa cruenta informe, desde la cabeza a los piés. Las hormigas le devoraron de una manera hasta cierto punto metódica. A la postura del sol lanzó un suspiro y dejó de existir. Los indios regresaron a la aldea satisfechos de su venganza.

A la mañana siguiente sólo quedaba del desgraciado Wilson el esqueleto completamente mondado. Las hormigas habían terminado su obra. Los indios dejaron en libertad a los otros dos mineros, y les entregaron los huesos blancos de su compañero. Los mineros procuraron alejarse lo antes posible de los mayos, temiendo ser tratados como lo había sido Wilson.